

ESTELA CHOCARRO

Te DARÉ *un* BESO
antes
de MORIR



MAEVA

«Yo hubiera compartido aquellas horas
yertas de un hospital. Tus ojos solos
frente a la imagen dura de la muerte.
Ese sueño de Dios no lo aceptaste.
Así como tu cuerpo era de frágil,
enérgica y viril era tu alma.»

Luis Cernuda, del poema «Niño muerto»

*A Fer,
que libraba su propia batalla mientras se escribía esta historia*

PRIMERA PARTE

1

1 de diciembre de 2013

Al llegar a la plaza Gala i Salvador Dalí de Figueres, sintió la caricia helada de una sombra y se estremeció. Miró a su alrededor y no tardó en localizar a un gato azabache de brillantes ojos amarillos que salió zumbando de entre las mesas de una terraza. Su organismo fue recuperando la calma azuzado por su propia cordura. Se acercó un poco más a la fachada del Teatro Museo y sin mucho interés se entretuvo en leer la información sobre precios y horarios. Durante todo el viaje lo había acompañado una fuerte excitación ante la perspectiva de volver a verla. Ahora, frente a la puerta principal, su memoria le devolvió la imagen de su última visita: los ancianos de Cárcar, Rebeca y él. Un gran día, igual que lo fue el de su primera visita el año anterior. Sonrió casi sin darse cuenta evocando su último beso, pero la sonrisa fue breve y su rostro se ensombreció al momento. Algo insignificante, una vibración nimia lo obligó a girarse. Aguzó el oído. Afiló la vista. No vio ni escuchó nada, pero un radar en su interior había detectado algo anormal. Desplegó el brazo con la palma de la mano hacia el cielo aún invisible. La mantuvo así lo que tardó en inspirar dos veces y ya la iba a retirar cuando algo menudo como un grano de arroz volvió a golpearle con delicadeza. En cuanto procesó la información se sobresaltó. Elevó la mirada, temeroso. Una tercera gota volvió a impactar junto

a su predecesora. Se alejó dos pasos de la fachada para buscar el origen de aquel leve flujo de sangre. ¿La escafandra del balcón? No podía ser cierto. Un nuevo impacto sutil, denso, oscuro vino a confirmar sus sospechas.

—¡Rebeca! —gritó dirigiendo toda su energía al viejo traje de buzo de la fachada. Y su propia voz retumbó en sus oídos como un lamento.

—¡Víctor!

La voz provenía de su espalda. Con inmenso alivio se giró hacia ella. Llevaba el pelo más corto, botas tejanas y pantalones y cazadora color caqui. De no haber reconocido su voz la hubiese tomado por otra persona. Y sin embargo era ella, diferente pero igual de guapa. Había pasado tanto tiempo... Pero estaba allí y estaba viva. ¿Quién sangraba entonces oculto en aquel antiguo traje de buceo?

Rebeca Turumbay se le acercó grácil. Las mejillas arreboladas, los ojos brillantes.

—Recibí tu mensaje. No sé cómo diste conmigo, pero aquí estoy. —Víctor la acarició con la mirada y después la estrechó entre sus brazos.

—Fuiste tú quien me citó aquí —musitó ella al calor de su cuerpo.

Víctor Yoldi tardó una milésima de segundo en detectar la trampa. La apartó con cierta brusquedad, la agarró de las muñecas y la miró fijamente a los ojos antes de tirar de ella.

—¡Corre!

Rebeca obedeció como si le fuese la vida en ello sin comprender la situación, su mano soldada a la de Víctor Yoldi. Ni por un instante consideró la opción de soltarse. Tomaron el Carrer de Sant Pere hacia la Rambla, pero no llegaron tan lejos. No escucharon sirenas ni motores, los Mossos surgieron de repente de una bocacalle, como si hubiesen previsto su huida. Le habían echado el anzuelo y él se lo había tragado como un tonto. Esa revelación cayó como una losa sobre la

espalda del periodista de Cárcar. ¿De verdad era tan ingenuo? Miró a Rebeca, tan bonita —¡Dios, cuánto la deseaba!—, y lo supo al instante. Quien iba tras él conocía bien sus debilidades.

2

2 de noviembre de 2013

Jonás Sádaba salió al patio con la cabeza baja, la mirada furtiva. Solo necesitó unos días para darse cuenta de que allí más le valía ganarse pronto la fama de tipo duro, pues estaba demostrado que los pobres diablos las pasaban canutas. Tras su primer ingreso en la enfermería por culpa de una pelea vergonzante, sus expectativas en la vida habían dado un giro radical. No podía esperar cumplir su condena plácidamente mientras aprendía un oficio o estudiaba un módulo de FP. Debía protegerse o nunca saldría de allí con la cabeza en su sitio, pero tampoco estaba dispuesto a convertirse en un matón; tenía una hija y debía conservar su humanidad. ¿Cómo si no iba a contribuir a su educación? ¿Cómo iba a ganarse su cariño, su respeto, si además de no vivir con ella se comportaba como un animal? Su condición de asesino confeso, dos o tres peleas en las que dejó claro que no temía nada ni a nadie y su negativa a entablar amistad con el resto de reclusos le granjearon en las siguientes semanas cierto respeto entre sus compañeros. Podía pasar varios días sin abrir la boca. De tanto en tanto provocaba algún incidente menor para mantener su estatus de tipo duro. Nada serio que mereciese un castigo, por supuesto. Sonia acudía a verlo religiosamente junto a la niña desde su ingreso en prisión y no estaba dispuesto a perderse ni una sola visita. Bajó un poco más la cabeza. Se inclinó

como si hubiese visto algo que no era de su agrado y finalmente se agachó para arreglarse el bajo del pantalón. Fue lo único que se le ocurrió para ocultar la sonrisa que brotó incontenible en su rostro ceñudo. Su pequeña Lola. Lo mejor que había hecho en la vida. La razón para seguir adelante en aquel lugar de pesadilla. Cuando se incorporó, la luz de su mirada volvió a apagarse de ese modo automático que tenía tan perfeccionado. Paseó la vista todo alrededor y se mesó la barba, una tupida masa de vello que oscurecía su rostro dándole un aspecto vil. Era lo que pretendía, pero tendría que afeitarse antes de su encuentro familiar para no asustar a Lola. Se detuvo un instante en ese pensamiento y, en cuanto volvió a concentrarse en el patio, lo vio. Su compañero de celda no era muy locuaz, pero sabía que lo vigilaba en cuanto salían del pequeño receptáculo en el que vivían desde que abandonaron la vieja cárcel y fueron trasladados a la nueva. Jonás había marcado las distancias desde el principio; no estaba allí para hacer amigos. Su compañero era un hombre de cincuenta y muchos o sesenta y pocos años. No era el preso más viejo, pero sí el que más años llevaba en prisión. Había matado a un niño, el hijo de su jefe, por lo que decían; aunque se rumoreaba que era inocente. Como todos. Sin embargo, aquel hombre parecía cualquier cosa menos un asesino de niños, por lo que se sospechaba que tal vez su caso fuese la excepción y él fuese de verdad inocente del crimen que lo había llevado a cumplir una larga condena. De no ser por esa opinión general, su vida en la cárcel podría haber sido un infierno. Violadores, maltratadores y asesinos de mujeres y niños eran muy mal recibidos allí. Jonás dio una vuelta al patio con las manos en los bolsillos. Cuando pasó junto a su compañero de celda lo miró de soslayo. Aquel viejo no le quitaba el ojo de encima. Sin haberlo previsto, le dirigió una mirada abierta, levantó la cabeza y bajó los hombros. Por primera vez. Massimo Figueroa le aguantó el pulso y casi creyó

ver un amago de sonrisa en su rostro amable. Podía ser solo una impresión o un efecto del sol que lo cegaba. No sabía mucho de aquel hombre al que el resto de reclusos llamaban el Argentino. Él no era un entendido en casi nada, pero las pocas palabras que había intercambiado con su compañero a la hora de apagar la luz, usar el retrete o hacerle cambiar de postura en la cama para evitar los ronquidos parecían lastrar un vago acento, de ahí que suponía que lo llamaban así porque, en efecto, esa era su procedencia. A él le traía sin cuidado. Le podían haber llamado el Destripador y tampoco habría despertado su curiosidad. Pero aquel día veía a sus chicas y estaba de buen humor. Tal vez fuese eso lo que le hizo acercarse al hombre y sentarse a su lado. Permanecieron unos minutos en silencio mirando al cielo con los ojos cerrados. Sentir el calor del sol en el rostro un día de noviembre en Pamplona era todo un regalo.

—¿Toca visita?

—No es asunto tuyo —replicó Jonás, impasible.

Massimo Figueroa rio jocosamente.

—Tengo la impresión de que no eres tan cabrón como aparentas.

—¿Y qué te hace pensar que no lo soy?

—He observado que te engalanas el día de visita. Hasta el gesto se te endulza. Supongo que pretendes ofrecer un aspecto más civilizado y eso dice mucho de un hombre. Lo sé bien.

Jonás no supo cómo responder a esas palabras y guardó silencio. Bien mirado, el Argentino era un tipo curioso: lucía una abundante cabellera de un blanco brillante, el azul de sus ojos era oscuro y penetrante, los labios carnosos y la nariz ancha. Un hombre poco corriente cuya amable actitud le hizo sentir una confianza que no había sentido antes. Al instante, Jonás Sádaba, asesino confeso, lo declaró inocente del cargo de asesinato. Ese hombre no era un criminal como él.

—¿Por qué estás tú aquí? —contraatacó.

—Por homicidio.

—Dicen que eres inocente.

—Como todos.

Jonás inspiró profundamente.

—No todos. Yo maté a mi madre.

El hombre volvió a reír, ahora con sorna.

—Yo también espero visita hoy. Es lo que me mantiene cuerdo en este antro. Igual que a ti.

—¿Hijos?

Massimo Figueroa asintió.

Jonás Sádaba tendió la mano a su compañero de celda. Acababan de romper un muro de hormigón después de diecisiete meses conviviendo en un tácito pacto de silencio. Pasaron los minutos observando a los otros reclusos pulular por el patio, sintiendo el leve calor del sol sobre sus rostros, hasta que un grito a pocos metros los sacó de su letargo.

—Otra vez el Chaval —dijo el Argentino, y movió la cabeza con hastío—, todos los días lo mismo. —Y entonces se incorporó. Con pasos largos y lentos se encaminó hacia el grupo que se había formado alrededor de un preso nuevo, un pipiolo que no debía de haber cumplido aún los veinte años. Era la tercera vez que se veía obligado a salir en su defensa, aunque no le convenía enfrentarse a aquella bestia. Sancho se cuidaba muy bien de afeitarse la cabeza todas las semanas, esa bola reluciente contrastaba con la barba larga y frondosa que le caía por la pechera, de un color castaño rojizo con algunas hebras blancas. Hombre de pocas palabras y mirada enferma; los ojos siempre rojos. Decían que por falta de humedad. Podía insultarte, amenazarte y matarte de un golpe certero, y nunca pestañeaba. Se hacía llamar Sancho en referencia al antiguo rey de Navarra porque, simple y llanamente, era el rey de la cárcel. Era peligroso, todo el mundo sabía que no había que contradecirle ni cruzarse en su camino. Tanto los internos

como los funcionarios lo respetaban porque infundía temor y gozaba de unos privilegios que no se correspondían precisamente con su buen comportamiento.

El Argentino se detuvo frente a Sancho. Las manos en los bolsillos.

—¡Vamos! Déjalo en paz. ¿No ves que es solo un crío?

Sancho proyectó sobre él una mirada punzante. Massimo Figueroa aguantó el envite sin apartar la vista de sus ojos inyectados en sangre. Le temblaban las piernas, pero nadie lo notó. A su alrededor los secuaces de Sancho lo vigilaban como perros de caza esperando un solo gesto de su jefe para saltar sobre su presa. Un charco comenzó a formarse a los pies del Chaval y Sancho estalló en una sonora carcajada que fue jaleada por sus cinco acólitos.

—¡Se ha meado en los pantalones!

Rio unos segundos más y después se dirigió hacia el Argentino, apuntándole con el índice.

—Tú me estás tocando los cojones. ¡Ya puedes andarte con ojo, pedazo de mierda! —Hizo un gesto a sus hombres y juntos se alejaron con actitud canallesca.

—Gracias —consiguió articular el Chaval con un hilo de voz.

—Ya puedes espabilarte, chico. Así no vas a durar mucho en este lugar. Y yo tampoco, dicho sea de paso.

El Argentino regresó junto a Jonás.

—¿Por qué lo defiendes?

Massimo Figueroa se llenó el pecho de aire antes de responder:

—Debe de ser de la misma edad que mi hijo Armando. No soporto ver cómo lo humillan esos mierdas.

—Puede que te hayas buscado tu ruina. Lo sabes, ¿verdad?

—Se levantó y se marchó, dejando al Argentino solo con sus malos presagios.

Cuando llegó su visita, Massimo tenía sangre en los dedos. Llevaba tanto tiempo mordiéndose las uñas que apenas quedaba ya rastro de ellas sobre la carne. Recibía pocas visitas de su mujer y su hijo desde que se trasladaron a Madrid. Aquella iba a ser la primera de 2013 y ya era noviembre. No podía decirse que su familia lo añorase. Se habría roído los dedos hasta el hueso si no llega a aparecer por fin Ana María escoltada por Armando. Un joven muy apuesto, alto, fuerte, guapo como su madre. La sala familiar no era gran cosa: unas sillas alrededor de una mesita y un baño diminuto. El caballito balancín de plástico parecía una broma. Aun así, sonrió esperanzado en dirección a su familia; la única razón de que él hubiese aceptado acabar allí. Pero la sonrisa se le fue borrando del rostro hasta convertirlo en una máscara. Su mujer mostraba un semblante serio y se retorció las manos, nerviosa, igual que él hacía solo un instante. Algo pasaba. Aunque su hijo estaba ahí. Ambos estaban bien... Debía de tratarse de otra cosa. Miró a Armando. Los tres tomaron asiento con una rigidez incómoda. El chico no levantó la vista del suelo y sus miradas no se encontraron por más que él carraspeó. Tensión y todo un rosario de tópicos hasta que Ana María dijo por fin, incapaz de mirarlo a los ojos:

–Quiero el divorcio.

Y plantó sobre la mesita unos papeles y un bolígrafo que llevaba preparados en su bolso. Massimo Figueroa sintió que la sala comenzaba a encogerse. Sintió que le faltaba el aire y luego un profundo mareo. Durante esos instantes, ni Ana María ni Armando pronunciaron una sola palabra. Tampoco movieron un músculo. Nada. Cuando recuperó el pulso, levantó de nuevo la cabeza y los miró desde otra perspectiva. Ahora se daba cuenta del cambio que antes le había pasado desapercibido: su esposa siempre había sido una belleza, pero la que estaba frente a él era una mujer distinta. El cambio más radical lo había sufrido su cabello, antes castaño y ahora rubio,

el corte por encima de los hombros, ropa cara, maquillaje cuidado. Comprendió al instante.

—¿Qué tal en la universidad, hijo? —le preguntó a Armando para salir del paso.

—Ya terminé la carrera.

—Ya... —Sabía que su hijo había terminado los estudios, claro. Pero estaba nervioso y aturdido. No sabía qué decir ni cómo reaccionar y lo único que estaba consiguiendo era parecer un memo.

—¿Vas a firmar? —intervino Ana María.

Massimo sospechó que su mujer tenía prisa por recoger sus papeles y marcharse, que esa había sido la única razón de su visita y que posiblemente la presencia de su hijo no respondía a lo mucho que lo echaba de menos, sino a un gesto de apoyo para con su madre, quien a todas luces estaba pasando un mal trago.

—Has conocido a alguien... —aventuró del modo más suave que fue capaz.

Ana María bajó nuevamente la cabeza acompañando el movimiento con un gesto afirmativo.

—Comprendo.

Ana María buscó su mirada con renovada seguridad.

—Es un buen hombre. Me trata bien, nos divertimos. También se preocupa por Armando. —Se giró hacia el muchacho y tomó su mano apretándola entre las suyas.

—Claro...

Massimo Figueroa hizo un esfuerzo y se inclinó sobre los papeles. Trató de enfocar, pero fue en balde. Sus gafas. No las usaba antes de entrar en prisión, pero llevaba tanto tiempo allí...

—Necesito unos días para hacerme a la idea, mirar estos papeles y firmarlos. Vuelve a verme. Trae a Armando y charlaremos. Si quieres el divorcio no voy a ponértelo difícil. Solo te pido que vengas otro día. —Dejó que el silencio hablara por

él durante unos instantes y después preguntó, esperanzado—: ¿Lo harás? Por favor.

A pocos metros de los Figueroa, como contrapunto a tanto dolor contenido, una sonrisa iba camino de perpetuarse en el rostro de Jonás Sádaba. Afeitado, peinado y aseado, estaba hecho un pincel. Lola chapurreaba, reía y jugaba con los botones del vestido de su madre mientras Sonia miraba a Jonás con anhelo. Solía contarle cosas cotidianas, las gracias de la pequeña, algunas novedades del pueblo: próximas bodas, embarazos, funerales... Mientras, Jonás las miraba embobado, deseando verse libre para abrazarlas durante horas, rodar por el suelo con la pequeña, llevarla en volandas y contarle cuentos. A él nadie le había contado cuentos desde que desapareció su padre, por eso tenía mucha ilusión puesta en ese cometido. Incluso había comenzado a escribir algunos relatos durante las largas horas que pasaba en su celda. Tenía mala caligrafía y peor ortografía, pero eso a nadie le importaba y él se sentía bien con un lápiz entre los dedos. Si algo le sobraba allí era tiempo. Plasmar en un cuaderno aquellas fantasías absurdas le servía de analgésico y, por otro lado, tenía la ilusión de contarle sus historias a la chiquilla cuando esta fuese un poco mayor.

Las buenas noticias llegaron al final, en el momento de la despedida.

—Mi abogado está intentando que me concedan un permiso. Aún es pronto, pero...

—¿Y vendrías a casa con nosotras?

El brillo en el rostro de Jonás era la respuesta.

Sonia se lanzó a su cuello y le besó con ardor. Las lágrimas de sus ojos, a pesar de que denotaban una inmensa alegría, lo emocionaron.

En cuanto el funcionario lo agarró del brazo para conducirlo de nuevo a su celda, el hombre oscuro en que se convertía como preso volvió a apoderarse de él. Así sería hasta la próxima visita de su familia.

3

3 de noviembre de 2013

El Argentino estaba muy callado aquella mañana. Todos en la cocina lo habían notado y sospechaban que la visita de su familia era la causa. La cosa pintaba mal, pero el divorcio estaba a la orden del día en la cárcel. ¿Para que servía un marido preso si no podía aportar dinero ni apoyo? La mayoría de las esposas rehacían su vida con un hombre que pudiese ofrecerles un futuro más prometedor.

El jefe de cocina, empleado de la Diputación, era un hombre corpulento de buen carácter. Se notaba a la legua que era un gran *gourmet*, además de una buena persona. Tenía algo de psicólogo y conocía bien a sus chicos. Los internos lo llamaban José Andrés, en referencia al famoso chef. Tanto el parecido físico como la categoría de su cocina lo merecían.

—¿Qué hay, Massimo? —dijo, posando la mano en el hombro de su más antiguo colaborador.

El Argentino levantó la cabeza y respondió con un mohín.

—¡Ánimo, hombre! Todo pasa. Cuenta conmigo si necesitas hablar.

Los dos ayudantes de cocina se los quedaron mirando con gestos de comprensión, pero evitaron intervenir. Eran buenos chicos que obedecían con rapidez y eficacia órdenes tanto del chef como de Massimo. Cuando llegó la hora de la comida, el Argentino aún no había abierto la boca. Se colocó con su

enorme cazuela en el lugar asignado y comenzó a servir las raciones de garbanzos con espinacas. No era la comida más popular, pero en esta ocasión el disgusto de sus compañeros no hizo mella en él. Tras servir las primeras raciones con mirada ausente se percató de que tan solo faltaban cinco bandejas para llegar a la del Chaval. A su espalda, como perros sarnosos, Sancho y sus hombres. Ese detalle logró alterar su ritmo cardíaco, que hasta entonces había permanecido estable. Buscó la mirada del muchacho tratando de advertirle, pero el Chaval no levantó la vista del suelo. Eres carne de cañón, hijo, pensó. Las bandejas pasaron con rapidez frente a él y en un batir de alas los tuvo delante. Echó un cazo de garbanzos en su bandeja mientras intentaba captar la atención del chico, que permanecía ausente, alicaído, tratando inútilmente de pasar desapercibido. Como no le dijo lo contrario, y sin saber cómo reaccionar, volvió a llenar el cazo y le sirvió una segunda ración.

—Ya está, hijo. No puedo ponerte más.

El muchacho pareció despertar y solo entonces fijó la vista en el Argentino.

—Ya... Claro.

El Chaval afianzó la bandeja entre las manos y se giró hacia su izquierda para recibir el resto de la comida. No llegó a dar un solo paso. En un instante tenso y eterno se precipitó sobre el pavimento. El estrépito de la bandeja alertó a todo el comedor. Decenas de bocas, cientos de manos quedaron congeladas. Los hombres de Sancho jalearon la jugarreta de su líder, quien, sin embargo, permaneció impassible. El Chaval se afanó en retirarse las espinacas del rostro. Encontró algunas gotas de sangre en sus dedos y se tocó la frente al tiempo que algunos garbanzos rodaban desde su cabeza hasta el suelo sucio. Sancho le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse. El muchacho dudó un instante y cometió el error de confiar en su enemigo. La segunda caída fue mucho peor que la primera.

Nadie vio nada. Nadie supo como acabó con la cabeza abierta de cuajo. Fue una maniobra complicada que elevó su cuerpo entero hasta quedar suspendido, para después caer como un fardo sobre el terrazo frío. Todos en el comedor se quedaron atónitos.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —bramó Urrutia, el jefe de servicio, que llegó rápidamente al lugar del siniestro junto a otro funcionario.

Sancho se encogió de hombros y su gesto fue imitado por los cinco que lo escoltaban.

Gómez, el otro funcionario, dirigió su mirada inquisitiva a Massimo Figueroa mientras Urrutia comprobaba el estado del Chaval.

El Argentino no reaccionó enseguida. Con la mano aún sujetaba el cazo de los garbanzos, el rostro pálido como la cera. Pasados unos instantes cerró los ojos con fuerza como si ese gesto fuese a modificar la escena que se le representaba en la retina.

—Verá, señor. Lo que ha ocurrido es... —Un carraspeo seguido de una tos ronca lo detuvo. A continuación otros cinco presos prorrumpieron en mal disimuladas toses y carraspeos. El jefe de servicio no se dio por enterado aunque sabía que ponía al Argentino en una situación complicada.

—Sancho ha puesto la zancadilla al chico —comenzó titubeante, sabiendo que se jugaba la vida. Él tenía buena reputación. Gozaba del favor de los funcionarios pero también del respeto de sus compañeros. Nunca jamás lo hubiese hecho de no verse al borde del abismo, pero su mundo había dejado de tener sentido. Otro hombre iba a quedarse con su familia y él ya no tendría nada por lo que sobrevivir. Continuó al cabo de unos instantes, ahora más convencido. Al menos podía hacer algo por aquel pobre muchacho—: Sancho le ha puesto la zancadilla, después se ha ofrecido a levantarlo del suelo y le ha hecho una llave. El resultado ya lo han visto todos.

Un murmullo apagado recorrió el comedor mientras dos sanitarios llegaban con una camilla para llevarse al herido. Urrutia hizo un gesto a su compañero. Los nervios en ambos funcionarios eran evidentes, pero no podían hacer dejación de sus funciones. Se acercaron a Sancho y le pusieron unas esposas. Después lo condujeron fuera del comedor. Nadie dijo nada. Nadie respiró siquiera. En cuanto Urrutia, Gómez y los sanitarios abandonaron el recinto, la turba reaccionó con una sola voz, acompasada con el ruido de las bandejas sobre las mesas: «Chivato, chivato, chivato, chivato, chivato...».

Después de lo sucedido durante la comida ningún preso se atrevió a acercarse al Argentino, ni siquiera Jonás. Sin esperar nada de nadie, Massimo Figueroa se refugió en la deseada soledad. «Ándate con ojo –le había dicho el chef José Andrés antes de acabar su turno–. No me gustaría verte sufrir.» El único que le había tendido una mano amiga. ¡Claro! Él no vivía allí, se iba todos los días a su casa con su familia, igual que el resto de funcionarios. Cuando apagaron las luces de las celdas aquella noche, Jonás y Massimo no habían intercambiado una sola palabra. El de Cárcar estaba preocupado y dio muchas vueltas en la cama hasta que se decidió a hablar:

–¡Joder, Massimo! Has hecho lo correcto, pero te has metido en la puñetera boca del lobo. Lo sabes.

Massimo infló su pecho de aire y lo soltó lentamente antes de responder:

–Mi mujer quiere el divorcio. Mi hijo no quiere saber nada de mí. Normal. Yo también me avergonzaría si fuese él. Durante todos estos años he sido el preso menos problemático, casi invisible. No quería alargar mi condena ni avergonzar a mi familia, pero ya no hay nada que me impida obrar como lo he hecho. Nada.

–¡No digas eso, hombre!

–Puede que nunca vuelva a verlos después del divorcio.

Jonás había sido un hijo sin padre y ahora era un padre lejos de su hija. Comprendía perfectamente lo que sentía su compañero de celda. Sin embargo, creyó que su presencia allí tenía una razón de ser y que si en algo podía soliviantar el estado de ánimo de aquel hombre era su obligación intentarlo.

—Tu hijo tiene padre. Yo lo perdí cuando era un crío y habría hecho cualquier cosa por haberlo conocido mejor. Vale la pena que te esfuerces en recuperarlo, al menos a él, que es sangre de tu sangre. Intenta hablarle, que sepa quién eres. Puede que no esté todo perdido, pero si no te rebelas ante lo inevitable nunca lograrás levantar cabeza. Debes pelear, compañero. La vida no termina entre estos muros.

Tras el intento de Jonás, los dos permanecieron en silencio hasta que el Argentino habló:

—La verdad nos hace libres, ¿no es eso lo que dicen?

—No te entiendo.

—¿Te gustaría escuchar mi historia? Pero debes prometerme que nunca jamás repetirás lo que voy a contarte.

Pasó un minuto en la celda 122 en el que tan solo se oían las suelas de goma del funcionario en su incansable deambular por el pasillo. Los pasos se detuvieron por unos instantes para después volver a reanudar su lenta cadencia.

—Si necesitas contármela, hazlo, pero preferiría no saber demasiado...

—Las historias de un viejo como yo no interesan a nadie, ¿verdad? Además juré hace años no hablar de esto jamás. Perdona.

—No digas eso, tío. Es solo que no quiero saber, ¿comprendes? Cada uno lleva su propia culpa como puede. Habla con tu hijo y cuéntale todo lo que tengas que contarle. Piensa que la vida está hecha de oportunidades únicas que los imbéciles como nosotros solemos desperdiciar.

Massimo emitió un largo suspiro y su compañero de celda no pudo seguir negándose:

—Está bien. Te escucho.

Massimo vaciló por un momento.

—Espero que sepas guardar silencio.

—Seré una tumba. Tranquilo.

—Verás —comenzó, bajando un poco el tono de voz—, en realidad yo no debería estar aquí, pero hice un pacto con una persona: mi libertad a cambio de dinero. El suficiente para que mi familia viviese de manera holgada. No estoy orgulloso de mi decisión, pero en aquel momento me pareció que era la única manera de ser un buen padre y un buen marido. Si rompo mi pacto contando la verdad a mi hijo, puedo poner mi vida en peligro, pero manteniendo mi palabra, pierdo lo único que tengo en esta vida. Sin mi familia no soy nada, ¿comprendes? Mi vida no vale la pena si Armando se olvida de que tiene un padre.

Vale. Ya lo había dicho. El Argentino tomó aire ruidosamente y lo expulsó de la misma forma. De pronto, ambos fueron conscientes de que podrían oírlos en medio de aquel silencio, por lo que se abstuvieron de respirar hasta que el funcionario que hacía el turno de noche dio señales de vida. Debía de haberse quedado apostado frente a su puerta porque escucharon el tintineo de la porra contra el metal.

—Entonces, ¿eres inocente? —preguntó Jonás en un susurro.

—Pues claro. ¿No lo eres tú también? —concluyó Massimo soltando una carcajada sorda.

—Sabes bien que yo soy culpable —hizo una breve pausa—. ¿Qué piensas hacer?

—Si voy a perder mi vida, prefiero al menos morir con la satisfacción de tener el respeto de mi hijo.

—Entonces, ya has tomado tu decisión.

El chirrido de las suelas de goma se fue atenuando poco a poco hasta desaparecer en el otro extremo del pasillo. No volvería a acercarse en toda la noche, pero eso fue algo que no llamó en absoluto la atención de los dos presos de la celda 122.